

IV

Despedida.

Ya había concluido la misa de rogativa; ya había entrado Paoletti en la estancia donde moraba entre sombras de fiebre y duda su bendita amiga espiritual, cuando Leon, pasando apresurado de sala en sala, buscaba á la hija del marqués de Fúcar. Al fin la halló en la habitacion de Ramona. Deseaba decirle una cosa muy importante. Creeríase que Pepa esperaba la enunciacion de la importante cosa, porque estaba en pié con la anhelante mirada fija en la puerta, atendiendo á los pasos que se acercaban, y así que le vió entrar retiróse á un ángulo de la pieza, indicando á su amigo con el lenguaje singular de cuatro ó cinco pasos (pues tambien los pasos hablan) que allí estarían mejor que en ninguna otra parte. Monina corrió al encuentro de Leon y

se abrazó á sus piernas, echando la cabeza hácia atrás. El la tomó en brazos, y al verse arriba la nena, se empeñó en hacerle admirar la perfeccion artistica de un cacharrillo de barro con asa y pico, obsequio reciente del cura de Polvoranca, y luégo se entretuvo en la difícil tarea de colgárselo de una oreja.

—Estáte quieta, Mona; no seas pesada,—dijo Pepa.—Ya, ya me figuro á qué has venido y lo que vas á decirme... Hija, estate quieta... Ven aquí.

Arrancó á Monina de los brazos de Leon para tomarla en los suyos.

—No necesitas decirme nada... Lo comprendo, lo adivino,—prosiguió.—Debo marcharme de aquí. Ya estaba decidida á hacerlo, aunque tuviera que irme sin verte.

—Agradezco tu delicadeza,—dijo Leon.—Márchate á tu casa de Madrid, y por ahora... no te acuerdes de que existo.

—Eso no será fácil... Hija, por Dios, no me sofoques,—dijo Pepa, en cuya oreja Monina continuaba su penoso trabajo.—Ponte en el suelo... Me marcharé, sin preguntarte siquiera cuándo nos volveremos á ver. Tengo miedo de hacer la pregunta, y respeto tu vacilacion en contestarme.

Leon bajó los ojos sin decir nada. No conocia palabra tierna, ni frase amistosa, ni

concepto de esperanza que al pasar de su mente á sus lábios no llevase en sí un sentido criminal. Callar parecióle más decoroso aún que la misma protesta contra toda intencion de escándalo. Ambos se quedaron mudos por largo rato, sin osar mirarse, temeroso cada cual de la fisonomía del otro, como si fuese claro espejo de su propio pensamiento.

—No me preguntes nada, no me digas nada,—manifestó al cabo Leon;—no pronuncies nombre alguno que pueda interesarme. Llena tu corazón de generosidad y vacíalo de esperanza.

Pepa quiso hablar algo; pero su voz temblaba tanto, que prefirió decir para sí estas palabras:—Todo lo echaré de mí, ménos la idea triste, la idea vieja y lúgubre: que ella, rezando, rezando, se salvará; y yo, esperando esperando, me moriré.

Leon, que parecia leer los pensamientos en el contraído entrecejo de su amiga, le dijo cara á cara:

—En los trances duros se conoce la índole generosa ó egoísta de las almas.

Pepa tembló de piés á cabeza. Despues, sosteniendo su frente en un dedo, rígido como clavo de martirio, dijo mirando á sus propias rodillas, donde tocaban el piano los diminutos dedos de Ramona:

—No sé si la mía será generosa ó egoísta. Yo sé que he derramado hace poco algunas lagrimillas pidiendo á Dios que no matara á nadie por causa mia. ¡Qué sabor tan amargo sacan á veces nuestras oraciones, y cómo se acongoja nuestro pensamiento luchando para que las flores que quiere echar de sí no se conviertan en culebras!... Yo he rezado hoy más que en ningun dia de mi vida; pero no estoy segura de haber rezado bien y con limpieza de corazón. Horrible batalla habia dentro de mí. Creo que las palabras y las ideas que andaban por mi cerebro variaban de sentido á cada instante, y que decir *Dios* era decir *demonio*, y decir *amor* era decir, *odio*, y decir *salvarse* era decir *morirse*. La idea sentida y la idea pensada se combatian arrebatándose una á otra el vestido de su palabra propia. Yo creo que no he rezado nada, que no soy buena; y sin embargo, quiero serlo. ¡Me siento con tan poco de santa y tanto de mujer!... Y sin embargo, yo no seré tan mala, cuando he tenido alma para pedir claramente que muriéramos las dos, y así todo quedaria bien...

Se levantó, añadiendo:

—En fin, me voy. Ya sabes que obederte es el único placer de mi vida.

—Gracias,—murmuró Leon tomando en brazos á la nena.

—Despidete de ese...—dijo Pepa contemplando con amor á su hija y al que la besaba.

Leon estrechó en sus brazos á la chiquilla y le dió mil besos, considerando que las manifestaciones de su cariño no eran escandalosas recayendo en la inocente persona de un ángel tan bonito. Dió con ella en brazos dos ó tres paseos por la estancia, ocultando así con estas idas y venidas la emocion que sentía y que traspasaba los límites del alma para salir al rostro. Sin mirar á la buena mamá, ésta podía vanagloriarse, allá en el ángulo de la pieza, de ser bien contemplada. La pasión tiene su perspicacia nativa y un estro maravilloso para sorprender los pensamientos del sér amado, asimilárselos y alimentar el espíritu propio con aquel rico manjar extraño.

En cuanto al desgraciado hombre, nunca como en aquel instante había sentido el dominio irresistible que sobre él ejercía aquel sér pequeño y lindo, nacido de una mujer que no era la suya y de un hombre que no era él. No creía en la posibilidad de vivir contento si le quitaban de las manos aquel tesoro, ageno sin duda, pero que se había acostumbrado á mirar como suyo y muy suyo. Con este cariño se mezclaban el cariño y la imágen de la madre como dos luces confundidas en una sola. ¡Familia prestada que en el corazón del

solitario usurpaba el desierto hueco y se apropiaba el calor reservado á la propia. Él no tenía culpa de que en su cansado viaje por el páramo se le presentaran aquellas dos caras, risueña la una, enamorada la otra, ambas alegrando el triste horizonte de su vida y obligándole á marchar adelante cuando ya sin fuerzas caía sobre pedregales y espinas. En Pepa había hallado amor, docilidad, confianza, misteriosas promesas de la paz soñada y del bien con tanto afán perseguido. Era la familia de promisión, con todos los elementos humanos de ella, pero sin la legitimidad; y el no ser un hecho, sino una esperanza, dábale mayores encantos y atractivo más grande. La pasión arrebatada de Pepa y el ardor fanático con que á todo la sobreponía, lejos de infundirle cuidado le seducían más, porque en ello veía la ofrenda absoluta del corazón, sin reserva alguna, la generosidad ilimitada con que un alma se le entregaba toda entera, sin esconder nada, sin ocultar sus mismos defectos ni escatimar un solo pensamiento. Quien había sido mendigo de afectos no podía rechazar los que iban á él con superabundancia y cierto alarde bullicioso. Dábale al mismo tiempo orgullo y piedad el ver cómo aquel admirable corazón, sin dejar de ser religioso, le pertenecía enteramente, por ley que es di-

vina á fuerza de ser humana; y al sentirse tan bien amado, tan señor y rey en el corazón y en los pensamientos de ella, no podía ménos de darse tambien todo completo. Cualquier afecto secundario y remoto que existiera antes de aquel mútuo resplandor en que ambos se veían, debia extinguirse, como palidecen los astros lejanos cuando sale el sol.

Pero quizás no era ocasion de pensar tales cosas. Leon puso la niña en brazos de su madre, y le dijo:

—Ni un momento más. Adios. Si es preciso explicar á tu padre la causa de tu traslacion á Madrid, yo me atreveré á decirsela.

—Se la diré yo.

Y con precipitacion y desasosiego salieron uno y otro por puertas distintas.

V

A almorzar.

El narrador no cree haber faltado á su deber por haber omifido hasta ahora que los Tellerías corrieron en tropel á Suertebella desde que llegó á su noticia el grave mal y estado de María. Tan natural es esto, que el lector debia darlo por cierto, aunque las fieles páginas del libro no lo dijieran terminantemente. Lo que sí conviene apuntar, por si la posteridad, siempre entrometida y buscona, tuviera interés en saberlo, es que en la mañana de aquel célebre martes (el dia de la misa de rogativa, de la visita de Paoletti y de la partida de Pepa), la marquesa de Tellería, el marqués y Polito oyeron atónitos de boca de Leon Roch estas enérgicas palabras:

—No se puede ver á María.

—¿Hoy tampoco? ¡Lo oigo y no lo creo! —

exclamó Milagros sin poder contener su ira.
—¡Prohibir á una madre que vea á su pobre hija enferma!...

—¡Y á mí, á su padre...!

Polito no decia nada y se azotaba los calzones con el junco que en la mano traía.

—¿Qué razon hay para esto?

—Alguna razon habrá cuando así lo dispongo,—dijo Leon...

—Yo quiero entrar á ver á mi hija. Yo quiero velarla, asistirlela.

—Yo la asisto y la velo.

—¿No nos das ninguna razon, ¡por Dios! ninguna explicacion de esa horrible crueldad? —dijo el marqués poniéndose severo, que era lo mismo que si se pusiera cómico.

Leon les habló del delicadísimo estado moral de María y del gran temor que á él le inspiraban las indiscreciones de su familia si ésta entraba en la alcoba de la enferma.

—¿Está sola en este instante?

—Está con su confesor.

Y la marquesa llevó aparte á su yerno, y le dijo:

—Verdaderamente no creí que llegaras á tal extremo. Expílicate, expícame las monstruosidades que han pasado aquí... ¡Ah! Mi pobre y desventurada hija ignora sin duda que se halla en la misma casa de la querida

de su esposo... Temes que yo le abra los ojos, temes que la verdad salga de mis labios, como sale siempre, espontánea, natural... porque no sé fingir, porque no sé hacer comedias.

—¡Oh! No, señora, yo no temo nada,—dijo Leon deseando cortar la disputa.—Pero usted no verá á su hija hasta que ella no se restablezca.

—¿Y qué autoridad tienes tú sobre la mujer que has despreciado?... O es que estás arrepentido de tu conducta y quieres...

La marquesa cambió de tono y de semblante. Aquella trágica arruga de su hermosa frente desapareció como nubecilla disipada por el sol; brillaron sus ojos con animacion juvenil y hasta parecia que el disecado pajarillo de su elegante sombrero aleteaba entre las gasas.

—¿Acaso hay proyectos de reconciliacion? —dijo entre agrias y maduras.—Si los hay, no seré yo quien los estorbe... Como vayan precedidos de arrepentimiento...

—No hay ni puede haber proyectos de reconciliacion,—dijo bruscamente el yerno á punto que entraba en la sala el marqués de Fúcar.

Este, sobreponiéndose á su tristeza para cumplir los deberes que le imponia su condi-

ción de castellano de aquel magnífico castillo, se presentó á saludar á los Tellerías, á compadecerles por la enfermedad de la pobre María, á rogarles que dispusieran de su casa y de cuanto en ella habia. Y como el triste caso que allí les llevaba no era cosa de un momento, el generoso marqués de Fúcar, atento á dar á su hospitalidad un carácter grandioso y caballeresco, conforme á la resonancia europea de su nombre, invitaba á los Tellerías á permanecer allí todo el dia, toda la noche y todos los dias y noches siguientes, y á comer, cenar, tomar un *lunch*, un *pic-nik* ó hispano pisco-labis, á descansar, dormir, disponer de todo lo de la casa, pues allí habia mesa, despensa, bodega, servidumbre, camas para la mitad del género humano, caballos para pasear, flores en que recrear la vista, etc., etc.

—¡Oh! gracias, gracias... cuánto agradecemos...

La mano de Fúcar fué estrujada por la de Tellería que en su emocion no pudo decir nada. En los grandes momentos el silencio, una mirada al cielo y un apretón de manos son más elocuentes que cien discursos sobre la generosidad con que algunos seres nos hacen olvidar que vivimos en *un siglo corrompido por las ideas materialistas*. La marquesa

se esforzaba en dar á su cara la expresion que, segun ella, cuadraba más á su occidental belleza, ó que mejor realizaba aquellos pálidos restos, bastante valiosos aún para lucir mucho si el arte, la coquetería, la palabra misma, discreto artífice, los combinaba bien y los presentaba en buena y proporcionada luz. Empeñando conversacion mundana con Fúcar, supo llevar á éste por las vias sentimentales con tanta gracia y donosura, que el agiotista la oia con encanto.

Al mismo tiempo Tellería llevaba á Leon junto á la ventana para decirle con acento majestuoso:

—Las cosas han llegado á tal extremo, y tu conducta es tan ruin y vituperable en apariencia, que necesitas darme una explicacion completa, aunque para ello sea preciso llevarte á un terreno...

—Al terreno del honor,—dijo Leon con sarcarmo.—Vea usted; ese es un terreno al cual no será fácil que vayamos juntos...

—Comprendo que un padre político... No es que yo quiera agravar el escándalo con otro escándalo mayor. Nosotros confiamos mucho en tu caballerosidad, en lo que todavía queda en tí de esa *hidalguía castellana* que los españoles no podemos desechar aunque queramos... y si Dios te tocase al cora-

zon y te reconciliaras de un modo durable con mi querida hija...

—No me reconciliaré.

—Entonces...

El marqués lanzó á su hijo político una mirada que, dado el carácter promiscuo, entre cómico y serio, del ilustre personaje, podía calificarse en el orden de las miradas terribles.

—Entonces, yo sé lo que debo hacer.

Estaban en el salon japonés, lleno de figuras de pesadilla. Por sus paredes de laca andaban, cual mariposas paseadoras, hombrecillos dorados, cigüeñas meditando, tarimas de retorcidos escalones, árboles que parecían manos y cabezas que parecían obleas. Las figuras humanas no asentaban sus redondos piés en el suelo, ni los árboles tenían raíces; las casas parecían volar lo mismo que los pájaros. Allí no había suelo, sino una suspensión arbitraria de todos los objetos sobre un fondo oscuro y brillante como un cielo de tinta. Los desabridos rostros japoneses parecían hacer con su estupidez castiza el comentario más elocuente de la escena viva, y las mariposas de oro y plata reproducían por arbitrio de la fantasía en aquella especie de estancia soñada, la sonrisa geroglífica de la marquesa de Tellería. Cacharros de color de

chocolate poblaban rincones y mesas: y viendo los ídolos tan graves, tan tristes, tan feos, tan hidrópicos, tan aburridos, se hubiera creído que estaban comentando en teología mística asiática la tristeza indefinible de don Agustín Luciano de Sudre.

Como se pasa de una página á otra en libro de estampas, así se pasaba de la habitación japonesa al gran salon árabe donde estaba el billar y en él Leopoldo. Con su tarugo de aspirar brea puesto en la boca, á guisa de cigarro, se entretenía en hacer carambolas.

Un lacayo se le acercó:

—¿Ha llamado el señorito?—dijo.

—Sí,—repuso el jóven sin mirarle.—Tráeme cerveza.

Ya se marchaba el lacayo y Polito le volvió á llamar para decirle:

—¿Se servirán pronto los almuerzos?

—Dentro de un momento.

Y siguió haciendo carambolas.

El marqués de Fúcar se retiró por un momento del salón japonés.

Un *maitre d'hotel* rubio y grave, recludo en cualquier cafetin de Paris, y que se habria parecido á un *lord* inglés si no lo impidiera su servilismo melífluo y su agitacion de correveidile, se acercó á la marquesa para pedirle órdenes.

—¡Oh! no,—dijo ésta.—Tomaré muy poca cosa... ¿Hay *gateau d'ecrevisses*?... ¿No? bueno, no importa. Las pechugas ahumadas no me gustan. Mi *beefsteack* que esté *poco hecho*.

—No olvide usted,—dijo el marqués á aquel hombre benéfico, cuyo frac negro parecía el emblema de la caridad cristiana á la cual se deben los hospicios.—No olvide usted que yo no bebo sino *Haut Sauternes*.

Fúcar reapareció bastante melancólico, pero apresurado, indicando con esto que las tristezas no son incompatibles con el almorzar. Era un poco tarde y los cuerpos necesitaban reparacion. La marquesa, D. Agustín, Polito, el Sr. de Onésimo, que llegó cuando los demás estaban en la mesa, *hicieron honor*, como se dice en la jerga gastronómica, á la cocina del marqués de Fúcar. O por delicadeza de estómago ó porque la aflicción de su ánimo le cortara el apetito, ello es que Milagros apenas probó algunos platos.

—No se deje usted dominar por la pena,—le decia D. Pedro.—Es preciso hacer un esfuerzo y tomar alimento. Yo tampoco tengo gana; ¿pero de qué sirve la razon? Hago un esfuerzo y como.

Buena prueba de los esfuerzos de D. Pedro era un *beefsteack* que entre manos y boca traia, el cual, pedacito tras pedacito, se asi-

milaba al señor del castillo dejando en el plato la sangre bovina revuelta con manteca y limon. La marquesa, despues de las ostras, no hacia más que picar y catar, tan pronto apeteciendo como desdeñando, y el marqués se encariñaba con las cosas picantes y afrodisiacas, obsequiándolas risueño con una mirada galante y despues con las traidoras caricias de su tenedor. Las trufas, las *saucisses* trufadas, la rica lengua escarlata de Holanda y otras cosillas más aperitivas que sabrosas, se ofrecian á su paladar con provocativos encantos.

—¿Y Pepa?—dijo bruscamente el marqués de Onésimo.

—Está en Madrid,—replicó Fúcar sin alzar los ojos del plato donde el solomillo parecia representar el Tesoro español por lo recortado y empequeñecido.

Siguió á estas palabras un largo silencio, que rompió al fin el mismo D. Pedro, diciendole á la marquesa:

—¡Oh! amiga mia... es preciso sobreponerse al dolor... Además, la situacion no es desesperada... María está bien hoy... ¿Llora usted?... A ver... esta media copa de *Sauternes*.

La marquesa no rehusó el obsequio. Despues de apurar el vino, dijo así:

—Veremos si ese tigre de mi yerno me permite esta tarde ver á mi hija.

Deseando Fúcar hablar de asunto ménos afflictivo, sacó á relucir las voces que corrian acerca de la próxima boda de Polito con una riquísima heredera cubana, cuya familia recién venida á Madrid, metia bastante ruido en la villa con la ostentacion de una colosal fortuna. Desmintió la marquesa el rumor y Leopoldo lo confirmó indirectamente con frases en que aparecia la modestia enmascarando á la vanidad. Los rumores eran ciertos como lo eran el noviazgo y las pretensiones del jóven y su seguimiento cotidiano de la chica, á caballo y á pié; mas á pesar de esta cacería ecuestre y pedestre, lo de la boda era un puro mito, sin otra realidad que la que tenia en el deseo ardentísimo de Milagros de ver á su hijo poseedor de un caudal limpio y gordo. La familia de Villa-Bojío, á pesar de tener amistad con la de Sudre, se oponia á las pretensiones de Leopoldo, aunque á la verdad no se oponia mucho tampoco, y Milagros trabajaba en silencio con diplomacia y finura, para que aquel sueño de oro fuera un hermoso despertar de plata.

Agotado el tema, retiróse Milagros del comedor. Un lazayo presentaba al marqués y á Polito los mejores cigarros del mundo. Era

aquel artículo, digámoslo en términos de comercio, el más superfino de cuanto abastecia la casa del millonario. Sus correspondientes de la Habana le mandaban para su uso lo mejor de lo mejor, en recompensa de aquella gracia y arte mágico con que se las componia con la Administracion para hacer fumar al país lo peor de lo peor.

Estallaron fósforos y chuparon labios.

—Polito,—dijo el marqués,—si quieres dar un paseo, dile á Salvador que ensille á Selika.

El benemérito ginete de caballos ajenos no se hizo de rogar y bajó al punto al picadero. D. Pedro dió un suspiro, hizo una seña al marqués de Fúcar y al marqués de Onésimo, dos marqueses subalternos, el uno de raza y el otro de administracion, que observando la fisonomía del marqués del dinero, parecian tributarle culto idolátrico, acatándole con sus miradas é incensándole con sus aromáticos puros. Acercáronse entrambos, D. Pedro bajó la voz y con entristecida cara les comunicó un pensamiento, una noticia, un hecho. Así, trasegando la pena de su affligido corazon al corazon de dos amigos, el digno prócer se sentia aliviado, respiraba con más desahogo, hasta podia soltar un chascarrillo y reir con aquella carcajada congestiva que oimos por primera vez en la casa de baños.

—¡Qué vida esta!... ¡Qué alternativas, qué inesperadas peripecias!... Luego esta pícara tendencia del corazón humano á exagerar las penas pintándose las como irremediables...

Onésimo se quedó como estupefacto al oír el hecho referido por su insigne amigo. Creeríase que su cabeza, totalmente absorbida por las altas especulaciones bancarias y por la metafísica de hacer empréstitos, no comprendía aquel hecho vulgar. El de Tellería se llenó de alborozo oyendo las palabras tristes que salían de los labios de Fúcar, y tuvo una idea propia, una idea felicísima. Él la acariciaba en su mente, contemplando con los ojos del cuerpo las pinturas decorativas del comedor de familia, en cuyas paredes se veía representado un verdadero diluvio de animales muertos, perdices, conejos, ciervos, cangrejos, y otro diluvio de frutas, berzas, pepinos y mariposas. El roble tallado también ofrecía medallones de cacerías, bocas infladas tocando trompetas venatorias, perros corriendo, manojos de perdices y mil representaciones diversas del reino alimenticio de tal modo, que aquello parecía el palacio de la indigestión.

VI

El clérigo miente y el gallo canta

Cuando María Egipciaca vió que entraba en su cuarto el Padre Paoletti, lanzó un grito de alegría. Le miró con cariño, posó después los dulces ojos en Leon, expresándole su gratitud por aquella fineza matrimonial, que rayaba en lo sublime, y alargó una mano á cada uno. Aquel movimiento tan natural en ella, y que no fué acompañado de ninguna observación, era la cifra de su vida, y aún podría ser la síntesis de este libro en lo que á ella se refiere. Los dos le preguntaron á un tiempo que qué tal se encontraba, y con una sola respuesta satisfizo á entrambos.

—Me parece que estoy mucho mejor. Me siento con ánimo.

Leon le dió una palmada en el hombro, diciéndole: